

Ética Relativa

Era una mañana de sábado cualquiera. Pedro se encontraba sentado en el suelo del living jugando con sus camiones de juguete. Tenía el pelo rubio, ojos verdes y una estatura promedio para los ocho años que tenía. Su padre, un reconocido médico de basta experiencia, yacía sentado en un sofá detrás de él leyendo el diario.

-¿Papá? -preguntó el niño. -¿Puedo encender el televisor?

Su padre no respondió. Parecía ausente, como si estuviera preocupado por algo. Por alguna razón no estaba tranquilo. Se notaba pensativo, nervioso, como si se encontrara en la necesidad de tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre.

-¿Papá? -insistió Pedro.

Volvió sobre sí y le respondió.

-Claro hijo, pero no le subas mucho el volumen. Puede que vaya a molestar a alguien.

Bajó el periódico y se llevó la mano al bolsillo. Sacó una cajetilla de cigarrillos gold y se llevó uno a la boca. Lo encendió con un fosforó. Le dio un par de aspiradas seguidas y se lo sacó de entre medio de los labios. Lo sostuvo en la mano, pero no lo fumó más. Algo andaba mal. No era una persona alegre, sino que con harta frecuencia se notaba serio, pero ahora se le podía ver molesto.

-Pedro, saldré a dar un paseo. -Dijo. Mientras apagaba el cigarro en el cenicero. Acto seguido se levantó se dirigió a la puerta de entrada que se encontraba cerca.

Era una puerta de madera oscura con unas cuantas ventanas pequeñas que permitían ver hacia la calle.

-¿Puedo ir? -le preguntó en respuesta su hijo.

-No hijo -dijo con serenidad el padre.

-¿Me voy a quedar solo?

-Así es. Si alguien llama a la puerta dile que fui a comprar, que vuelvo en un rato.

-Bueno. ¿Entonces volverás a almorzar?

-Si.

-Y... ¿papá? -comenzó a decir el niño mientras buscaba la forma de poder formular el resto de la pregunta.

-No hijo. Ella no volverá por ahora. -dijo el padre antes de darle tiempo para que pueda terminar su frase.

Salió por la puerta y la cerró con llave por el otro lado. Se llevó otro cigarrillo a los labios y lo encendió con uno de los fósforos mientras emprendía rumbo a un lugar desconocido. No era normal que saliera solo. Es más, sería la primera vez en mucho tiempo que Pedro se quedaría sin nadie en casa.

Por su parte, Pedro se quedó mirando a través de las pequeñas ventanillas de la puerta, como su padre se alejaba en el paisaje. Agachó la cabeza y se dijo a si mismo "Por favor vuelve". Un par de lágrimas distorsionaron su vista. Se las secó con sus manos y se dirigió hacia el pasillo principal de la casa. No era un hogar de dimensiones colosales, sino más bien lo justo y necesario. La habitación de Pedro se encontraba en uno de los costados del pasillo, junto al único baño que había. Al final del pasillo se podía apreciar el cuarto de su padre.

Pero había algo más. Un cuarto al cual nunca había entrado, ni siquiera sabía que se ocultaba tras la puerta. Se limitaba a pensar que su padre tenía un escritorio en el cual trabajaba cuando se encontraba en casa. Curiosamente esa habitación estaba justo en frente del cuarto de Pedro, pero su padre le tenía prohibido entrar

Al llegar a su habitación se sentó en el borde de la cama y comenzó a lanzar y atrapar una pelota de tenis contra la pared una y otra vez. Se sentía extraño, era su primera vez solo en la casa. "¿Y si no vuelve?" "Si alguien entra sin permiso, ¿qué hago?" eran algunas de las preguntas que se hacía en su cabeza.

Mientras su cabeza deambulaba entre todas esas interrogantes, la pelota impactó contra una repisa y fue a dar de lleno contra la puerta del cuarto de en frente. El

ruido que produjo la pelota al impactar contra la madera fue extraño. Era como si desde el otro lado no hubiese nada desde el otro lado.

Se levantó de la cama y se acercó al cuarto. Se quedó mirando la manilla mientras pensaba si correspondía o no echarle un vistazo a su interior. Siempre ha tenido la duda de que puede esconderse ahí. Su curiosidad se veía incrementada por las múltiples veces en que su padre le menciona que no podía, bajo ningún motivo y por nada en el mundo, ingresar a esa habitación. Finalmente la curiosidad lo convenció. Llevó su mano hacia el picaporte y lo giró lentamente.

Escuchó como alguien llamaba a la puerta de entrada. Inmediatamente soltó la puerta y se dirigió para atender la puerta. Mientras caminaba se decía a si mismo "no vi nada, solo recogí mi pelota".

-¿Sí? -preguntó al llegar, pero sin abrir la puerta.

-Buenos días joven. ¿de casualidad estará tu padre en casa? -Le respondieron desde el otro lado. Se escuchaba como una voz ronca de un adulto.

A través de las ventanillas Pedro pudo ver que se trataba de un hombre de una gran estatura, tenía una barba muy bien recortada y cuidada de color negro. Su corte de cabello también era corto y de un negro intenso. Llevaba puesto un Montgomery negro y unos pantalones de tela del mismo color. Parecía que andaba buscando algo.

-Mi padre no. Tuvo que salir a comprar, pero vuelve pronto. -respondió Pedro, tal como su papá le había señalado.

-¿Estás solo? -dijo el hombre.

Pedro se puso nervioso, nunca se habría esperado otra pregunta. No sabía qué hacer.

-Em. No. Mi... mamá me... cuida. -Respondió a duras penas.

El sujeto se quedó callado unos segundos. Parecía entender que en realidad no había nadie en casa. Así es que decidió seguir adelante con su idea.

-Ya veo. ¿Puedo contarte un pequeño secreto niño?

-¿Un secreto? Genial. -dijo entusiasmado Pedro.

-Si. Pero me tienes que prometer que no se lo contaras a nadie. Pero absolutamente prohibido que alguien más sepa. -agregó el sujeto.

-Lo prometo. Soy seco guardando secretos. De hecho, una vez mi papa me contó que se fue de un restorán sin pagar la comida. Pero dijo que fue un accidente.

El hombre sonrió. ¿Qué mas se puede esperar de un niño?

-Bueno -comenzó a decir. -Yo soy un detective secreto. Un espía. Trabajo junto con la policía.

-¿Enserio? -preguntó sorprendido Pedro.

-Si, es muy serio. Y de hecho me preguntaba si podía entrar a ver que todo esté bien. Por acá.

-Bueno, pero primero muéstrame tu medalla de policía.

El sujeto le enseñó a través de uno de los huecos de la puerta su placa policial. Pedro accedió y le abrió la puerta.

-Pase señor. -le dijo Pedro. -¿puedo ayudar? Me llamo Pedro.

-Pedro, mucho gusto, yo soy el señor Flores. Y de hecho sí, necesitaré de tu ayuda. ¿podrías decirme donde duerme tu padre?

-Obvio. Es en la habitación del fondo. -contesto rápidamente.

El detective asintió y se dirigió al cuarto. Mientras caminaba por medio del pasillo se percató de que sus pisadas sonaban extrañas. Parecía como si el subsuelo fuera hueco. Pero no se detuvo mucho tiempo. Y prosiguió hacia el final del pasillo.

Una vez dentro de la habitación no tocó nada, simplemente echó un vistazo a todo lo que había por ahí. No eran muchas cosas, pudo ver una cama personal en medio del lugar y una cómoda blanca con muchos cajones y un par de efigies encima de

ella. Nada fuera de lo normal. “Parece que aquí no está” se dijo para si mismo, como si fuese algo específico lo que andaba buscando.

Al notar que no sacaría nada de ahí, decidió volver al punto medio del pasillo. Pero algo lo detuvo. Pudo ver un cuaderno sobre la cómoda. Se puso unos guantes y lo tomó. Lo abrió y pudo ver que la mayoría de las hojas estaban arrancadas hasta el punto de que solo le quedaban un par.

Revisó todas las páginas una por una en busca de algo. Curiosamente solo la última contenía algo escrito en ella. “Mierda, parece que me siguen. Creo que lo saben” era lo que se leía. Cerró el cuaderno y lo volvió a dejar en su lugar.

Al ver que no encontraría más respuestas a su búsqueda decidió volver por el pasillo y dar por concluida su investigación. Pero a medio del pasillo se detuvo entre las dos habitaciones y se quedó mirando hacia el cuarto misterioso. Algo le traía mala espina, como si hubiera algo en esa casa que no encajaba. “Son dos personas, tres cuartos” pensó.

-Esa es mi pieza. -dijo Pedro por su espalda.

El detective se volteó y pudo apreciar el cuarto del niño. No había nada fuera de lo normal para ser una habitación de alguien de ocho años. La cama se encontraba esquinada al fondo en uno de los lados, un escritorio resaltaba por su desorden al otro. Un montón de juguetes se hallaban repartidos por el suelo. De pronto su mirada se clavo a la pared. Justo sobre el escritorio, y clavados con unas chinchas, se podían ver un par de dibujos hechos por él, pero que no resultaban muy infantiles.

Descolgó uno y lo apreció con mayor detenimiento. Se notaba impactado. El dibujo mostraba como un pequeño, probablemente Pedro, era abierto por un adulto con un cuchillo. El diseño de las figuras era propio de un niño, pero la escena era aterradora.

-Ese es mi papá. -escuchó como decía Pedro. -El suele revisarme por dentro para ver que todo esté bien. Dice que es muy importante que me encuentre bien.

-Y ¿Qué tan seguido lo hace? -preguntó el detective.

-Como que a veces son los domingos y otras veces los lunes. Pero muchas veces cambia. -contestó.

“Ya veo” se dijo para si mismo el detective. “Efectivamente esta es su casa”. Estaba desconcertado. Sabía a lo que venía, pero nunca pensó que su sospechoso fuera capaz de algo similar.

-Pedro. ¿Sabes dónde tu papá te realiza esas revisiones? -preguntó.

-No lo sé. Antes de hacerlas siempre me da un remedio para dormir y me dice que todo estará bien. Pero que no le puedo decir a nadie que me él me revisa. Es un secreto.

-Tranquilo. Nadie lo sabrá. -le dijo el detective.

Fue entonces cuando el teléfono de la casa comenzó a sonar. “Es papá” dijo en voz alta Pedro. “Solo él sabe el numero” continuó diciendo mientras se dirigía a contestar.

-Pedro.

-¿Si detective Flores?

-Por favor, no digas que estoy acá, recuerda nuestro secreto.

Pedro asintió y descolgó el teléfono. Y así era, su padre llamaba a la casa. Luego de unos segundos en los cuales el niño solamente dijo un par de veces “si”, colgó.

-¿Puedo saber que te dijo?

-Me dijo que llega en cinco minutos.

-Eso es malo. Va a descubrir nuestro secreto. Y se va a enojar conmigo.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Pedro.

-Tengo una idea. -se llevó una mano al bolsillo y extrajo una caja metálica del tamaño de un naipe. La abrió y sacó de ella un cable largo. En uno de los extremos tenía un micrófono y por el otro una batería dentro de una cajita plástica. -¿me ayudas? -le dijo.

-Siempre he querido ser espía. -le respondió alegremente el niño. -he visto muchas películas.

-Bien. Acércate.

Le enganchó la batería en el borde del pantalón y le levantó un poco la polera para introducir el micrófono por dentro. Fue ahí donde se percató de algo que lo dejó perplejo. Notó una cuantas de cicatrices en el abdomen de Pedro. Al mover un poco más la polera vio no una, sino que varias más. “Es un monstruo” se dijo a sí mismo. Se concentró en terminar la instalación del dispositivo, no tenía mucho tiempo.

-Ya está. -se llevó su reloj al lado de la boca y susurró “me escuchas”.

Pedro soltó unas risas. “Fuerte y claro” dijo en voz alta. El detective sonrió. Sentía mucha alegría de verlo feliz, a pesar del poco tiempo que llevaban juntos. Pero al mismo tiempo tenía pena. “¿Cómo es posible que le hagan estas cosas?” Se decía a sí mismo.

-Bueno. Hora de trabajar. -Comenzó a decir el detective. -Saldré por la puerta trasera y tu entraras en el cuarto secreto. No te va a pasar nada, te lo prometo.

Pedro se puso un poco triste. Al parecer no le agradaba mucho la idea. El detective estiró sus manos y le agarró sus brazos.

-Eres muy valiente y sé que puedes hacerlo. -dijo el detective como forma para animarlo. -Piensa que es una película.

-¿Como Batman? -le dijo Pedro.

-Como Batman. -dijo el detective mientras sonreía. Acto seguido comenzó a caminar hacia la puerta trasera. De pronto escuchó a Pedro decirle algo.

-¿Señor? -dijo a duras penas.

-Si. -le respondió el detective preocupado.

-Usted va a volver. ¿Cierto? -pregunto Pedro con un par de lágrimas en los ojos.

-Obvio Pedro. -dijo conmovido. -Y saldremos por un helado. Ahora, nos toca ser los héroes.

Pedro asintió y vio como el detective salía y cerraba la puerta tras de sí. Pedro se paró delante del cuarto misterioso. Inhaló y exhaló profundamente. Puso su mano sobre la manilla y la giró.

Al abrir la puerta se encontró con una gran sorpresa. Lo único que había ahí eran unas escaleras que llevaban a una especie de subterráneo. Lo más extraño es que no había luz alguna, sino que únicamente oscuridad.

-Hay unos escalones. Voy a bajar -dijo.

-Perfecto le respondió el detective.

Volvió a respirar con fuerza y caminó hacia la oscuridad. Al terminar la escalera dio de lleno con una puerta. Sin decir nada tomó la manilla y la abrió. Al entrar en la nueva habitación se percató de que la sala estaba iluminada de una forma tenue. Sintió algo extraño, una sensación de ya haber estado ahí antes.

Era una sala enorme, pero muy peculiar. El suelo era de baldosas blancas, las paredes por su parte eran de un color azul hasta cierta altura, luego eran blancas hasta el techo. El cielo de la habitación tenía una corrida seguida de focos que alumbraban el espacio otorgándole una atmosfera de misterio. Un par de ventiladores colgaban en lo alto y se mantenían girando.

Pero eso no era todo, contó tres camillas alineadas unas con otras. Parecían ocupadas. Habían personas en ellas salvo una, la cual estaba vacía. Al acercarse a ellas pudo ver que efectivamente alguien estaba ahí. Se llevó una gran sorpresa, eran mujeres y, peor, eran mujeres embarazadas.

A simple vista parecían como si fueran a tener a sus bebés en un par de semanas. Cada mujer tenía una gran cantidad de sondas intravenosas enchufadas a una gran cantidad de máquinas que se hallaban junto a las camas. Además tenían una especie de casco puesto sobre su cabeza, el cual tenía una serie de luces que se encendía y apagaban constantemente.

-Es extraño -dijo Pedro. -Tengo mucho miedo. ¿Qué es este lugar?

-Tranquilo, todo está bien. -le dijo el detective. -Por favor dime que ves.

Pedro le describió la sala con mucho detalle y diciéndole una a una las cosas que veía. Fue entonces cuando se detuvo.

-Hay más. -dijo.

-Perfecto, dime cuanto veas.

-Entendido.

Siguió avanzando por el salón y notó una cuarta camilla, pero estaba aislada de las demás. Era extraño, porque además estaba cubierta con una gran manta. Pedro se acercó y retiró la sabana. Quedó atónito. No era posible. Había un cuerpo muerto en esa cama. Alguien murió y lo dejaron aislado.

-Está muerto. -dijo al micrófono.

-Tranquilo, debe de ser un robot. -respondió el detective.

-No. Esta persona la conozco. -dijo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. - Es la mamá de mis amigos de la plaza.

El detective se quedó estupefacto. No podía creer lo que escuchaba. Gente encerrada en un sótano y además muerta. Era increíble. “Es el demonio” se dijo a si mismo. “Hay más escuchó” decir a Pedro.

Se aproximó hacia el fondo de la sala y encontró un escritorio. Vio que lo único que tenía era un lápiz y unas hojas de cuaderno sueltas. Las levantó y se puso a leerlas en voz alta. “Clonación humana y trasplantes de órganos: una forma de salvar el mundo” era el título. Mas abajo en la misma hoja pudo leer “Dr. Marco García”, ni mas ni menos que su padre.

Siguió ojeando página por página pues no entendía casi nada de lo que leía y al mismo tiempo muchas palabras eran muy complejas para su nivel de lectura además de una gran cantidad de gráficos y dibujos impresos sobre el papel. De pronto se quedó atónito y paró de leer.

-¿Pasó algo Pedro? -pregunto el detective.

-Soy yo. -dijo. -Hay fotos mías pegadas sobre esta página.

-¿que dice? -pregunto el detective. Pero no obtuvo respuesta del otro lado.

Pedro sintió un pinchazo en su hombro, al girar un poco la cabeza notó una mano que sujetaba una jeringa y como se introducía el líquido de esta lentamente. Se giró por completo y pudo ver su padre. Se sintió muy mareado, con ganas de vomitar. "Papá". Dijo dentro de su cabeza "Volviste". En ese instante su cuerpo cayó como un saco de escombros al suelo, su piel estaba pálida como la nieve y las venas se le marcaron de un color verde intenso. Sus pupilas habían desaparecido y su boca se había llenado de espuma.

El padre yacía seriamente ante el cuerpo inerte de su hijo. "Lo siento hijo, sabes demasiado. Tenía toda la impresión que contigo lo lograría" dijo. Vio que una de las paginas que sostenía cayó junto a la cabeza del cadáver. "Proyecto Pedro, tercer intento" era lo que se leía.

"¿puedes oírme?" escuchó el padre. Se dio cuenta de que la voz provenía del cuerpo. Levantó la polera y encontró el micrófono. Lo desprendió de la ropa y lo apreció mas de cerca. Al ver que estaba activo se lo llevó cerca de la boca y dijo "¿Usando un niño como medio para tus planes? Que poco ético". Acto seguido lo aplastó entre sus dedos y lo botó.